



# ¡ENTERRAR ES PELIGROSO!

*Péter HANAK*

**E**n Occidente, al terminar la Segunda Guerra Mundial era de buen tono afligirse por los pueblos vencidos y deshonrados de Europa central y oriental. Después de 1956 y 1968, y posteriormente durante los años ochenta, estaba de moda entusiasmarse con ellos y exigir, como seguidores compasivos, su liberación. Hoy, está de moda sentirse defraudado por ellos, y enterrar —por enésima vez— la Europa central, esa región que se resiste a morir y que es incapaz de resucitar, la tierra de los eternos aguafiestas y en la actualidad una *no man's land*. Poco a poco, nos hemos ido habituando a las ideas de algunos que, decepcionados e irritados por los últimos acontecimientos, se desquitan recordando el origen incierto de la región y sus antepasados como la *Mitteleuropa* de los alemanes, o producto de la nostalgia habsburguesa de los judíos emigrados. ¿Qué hacer? La abuela o la bisabuela de esta desdichada región era desde luego judía o alemana o húngara o —*horribile dictu*— alemana, húngara y judía *a la vez*.

Pero, ¿por qué Eric Hobsbawm les hace el juego? El es un *historiador*, un experto conocedor de la historia de nuestro continente y de *nuestra región*, un pensador independiente y original que no acostum-

bra a presentar teorías políticas en boga bajo un ropaje científico. Leo con una cierta desazón que la Europa central no es una realidad objetiva; tampoco lo es según él. Es simplemente un «juicio de valor», una cuestión más política que geográfica. ¿Se trata de un error? *Occidente*, ¿será una noción geográfica desprovista de valores? Hobsbawm enumera tres versiones sobre la idea de Europa central.

### El absurdo y la nostalgia

Corramos un tupido velo sobre las dos primeras, pues se nutren de argumentos honrosos y tan antiguos como el mundo. En primer lugar, de los planes alemanes de una *Mitteleuropa*, desde luego. Un historiador debería ser el único que no pudiera olvidar que las ideas de los «autóctonos» —el checo Palacky, el polaco Czartorysky, el rumano Balescu, el austriaco Renner y el húngaro Jászi— sobre una Federación danubiana se desarrollaron precisamente contra el *drang* alemán (impulso hacia el este) y la hegemonía rusa (ávida del oeste). Estas, por utópicas que fueran en su época, no deben ser olvidadas en la historia de las ideas políticas.

De la otra versión, la *nostalgia*, podemos distinguir dos: una «nostalgia conservadora», merced a la cual los privilegios del antiguo régimen aspiran a reencontrar el pasado, escapar a un presente destructor, creador, refrescante; y una «nostalgia creativa» que es, simplemente, una crítica implícita de un presente en proceso de descomposición o ya totalmente descompuesto. Es obvio que en el caso de la nostalgia contemporánea de la Europa central se trata de la segunda versión —Hobsbawm mismo la concibe así. Por lo que respecta al hecho de que nadie desea el restablecimiento de la disciplina, de los generales y aristócratas *k.u.k.* de Francisco José, y menos aún el de los latifundios y de los criados explotados, y que, al contrario, lo que se pretende es superar el *kaiserstaateri*, impregnado de odios nacionalistas, absolutamente insoportable, magnificado sin embargo como Estado nacional, estamos completamente de acuerdo.

Aunque... no lo estamos en el tema de la nostalgia monárquica. La literatura postmonárquica no apoya las afirmaciones de Hobsbawm. Karl Kraus, Krleza, Hásek o Musil no eran ni los detractores ni los enemigos de la comunidad danubiana; lo eran, en cambio, los de la *Kakania*. De los autores citados, Hásek murió en 1923, Kraus en 1936: no llegaron a ver la «reunificación» nazi. Musil no estaba en absoluto contra la Europa central. Por lo que respecta István Szabó, el realizador húngaro, ha sido siempre un incondicional de la idea centroeuropea.

¿Qué decir de otros escritores y prohombres de la intelectualidad? Joseph Roth no ha sido el único en lamentar la desaparición de la Mo-

narquía: la muerte de éste ha sido lamentada por Hofmannsthal, Theodor Csokor, Freud, Doderer y hasta por los húngaros de rancio abolengo como Krúdy o Móricz. Y sobre todo: incluso en el caso de que Bruselas, París y Francfort sean más seductoras por el momento, no existe un antagonismo esencial entre la integración pan-europea y el alcance histórico de una cooperación centroeuropea más restringida — y sería una lástima generarlo.

### ¿Un racismo centroeuropeo?

Corramos un tupido velo sobre las dos primeras versiones sobre la Europa central, como ya he apuntado. La tercera, en cambio, resulta chocante, a fuerza de ser provocadora: la idea de Europa central huele a «exclusión», a «desprecio» de los que viven al este de nosotros, de los «bárbaros»; se trata de un racismo apenas disfrazado, «en esta acepción, pertenecer a la Europa central significa que nosotros no somos ni europeos del Este ni habitantes de los Balcanes». No dudo que el autor haya podido oír opiniones parecidas —sobre todo en Austria, pero también en las tascas de Budapest. Como autóctono, debo decir que esas impresiones son unilaterales y selectivas.

En mi opinión, estamos estancados, desde hace medio siglo, en un impase histórico, debido a intereses hegemónicos, prejuicios inveterados, malos arreglos. Estamos prisioneros de una situación mal enfrentada, de un hartazgo de odio acumulado, pero la situación no es insoluble, el impase puede solucionarse.

Nuestra región no puede ser concebida por alguno que considere nuestro nacionalismo —sumergido en la irracionalidad convertida en culto religioso— como un racismo exclusivista, con al mismo tiempo planes prudentes de integración restringida, regional (como, por ejemplo, la integración hexagonal) para lograr una «superioridad cultural» o bien la idea opuesta, contraria a la integración europea. Estas no son ni las ideas efectivas ni los proyectos reales que atizan y reavivan los antagonismos entre los pueblos afortunados de Occidente y los pueblos desdichados de Europa central, sino más bien los pronósticos políticos occidentales y los responsos reiterados.

### La «cultura judía» sí o la «cultura judía» no

En la segunda parte de su texto, Hobsbawm peca de falta de originalidad: se queda en la superficie de la realidad, se contenta con epifenómenos y clichés decepcionantes. Me limitaré a citar un ejemplo: la floreciente cultura de los momentos cruciales de este siglo habría sido en realidad una *cultura judía*, una cultura generada por un grupo cosmopolita de habla alemana, de mayoría judía.

Hemos oído ya esa tesis. Antaño, en el jaleo y el humo de la deportación, y en sentido negativo. Hoy, se la pronuncia con fervor, en el círculo de los santos aureolados, y en sentido positivo. Desde un punto de vista estrictamente científico, no hay diferencia alguna entre ambas apreciaciones. No porque yo quiera meter en el mismo saco el antisemitismo exacerbado y el filosemitismo ingenuo, sino porque ninguna de estas dos tesis es verdadera. ¿Se puede afirmar realmente que el elemento generador de la cultura, «el público alemán culto se componía mayoritariamente de judíos»? ¿Se puede decir que «nosotros no podemos considerar desde luego aquellos cuyas raíces son puramente nacionales o regionales verdaderos centroeuropeos»? Examinemos los hechos esenciales. El porcentaje de judíos en la población de Budapest ascendía, no al 25% sino al 13%, la mayoría de ellos con el húngaro como lengua materna, de los cuales apenas la mitad hablaba alemán. Por lo que se refiere al conjunto de la Monarquía, ni el público alemán cultivado ni la *intelligentsia* creadora eran en ella mayoritariamente judíos. Entre los pintores y escultores importantes, no se encuentra ni un Makart, Manes o Szinnyi-Merse yendo hasta Klimt, Schiele, Kokoschka, Preisler, Mucha, Ferenczy, Gulácsy o Csontváry. ¿Desean verificar la partida de nacimiento de los músicos? ¿De Brahms, Bruckner, Wolf, Berg, Webern, Dvorak, Bartók, Kodály? Quedan Mahler y Schönberg. En literatura hallamos más talentos judíos, justo es reconocerlo. Pero en fin entre los más célebres figuran también Rilke, Musil o Trakl. En cuanto a Hofmannsthal, sólo puede ser considerado judío siguiendo los criterios de Nuremberg. Los genios de la literatura húngara —Ady, Moricz, Krúdy, Babits, Kostolányi— provienen de la *gentry* desclasada o de la pequeña nobleza emparentada. ¿Y dónde situar ese genio, a la vez escritor, poeta y pintor, que fue Wyspianski?

Pero dejemos las listas y las partidas de parentesco. Es la *identidad* del medio cultural lo que importa, y no una sub o super representación numérica. La verdadera cuestión es la siguiente: ¿La cultura europea —o solamente centroeuropea— tenía un carácter esencialmente judío o era más bien un *fenómeno universal*, exento de lazos nacionales, étnicos o religiosos?

La «decadencia», el arte moderno, la vanguardia, la nueva concepción física del mundo, el relativismo filosófico no son invenciones o fenómenos originarios de Europa central. Debemos remontarnos probablemente a París, a los grandes postimpresionistas, a Paul Bourget, a los hermanos Goncourt, a Huysmans, al círculo de la revista *La Décadence*. E incluso a Oscar Wilde antes de ellos. Los grandes noruegos como Ibsen y Munch, o incluso el anglo-belga Ensor formaban parte del clan de los pioneros; en una palabra: toda la *intelligentsia* marginada que abandonaba el *establishment* —de París a San Petersburgo.

En cuanto a saber por qué ese esplín vigoroso y esa *inquiétude* creativa hallaron una élite productiva y un público receptor precisamente en Europa central, hay que buscar los antecedentes seculares en la estructura específica de la monarquía, en su localización europea particular; del mismo modo, la grandeza creativa de la comunidad (la *intelligentsia*) judía —emancipada, pero en ninguna parte admitida por completo—, puede explicarse por su situación excepcional —su carácter ciertamente extraordinario. Es la energía creativa judía, asfixiada, abortada durante siglos, la que eclosionó por doquier en Europa, pero sobre todo en Europa central, generando un *estado de neurosis permanente* a caballo entre integración y marginación, admisión y exclusión.

No debemos ni felicitar ni aplastar a la comunidad judía europea por algo por lo que no merece ni la gloria ni el oprobio. Ella sólo era un participante, un elemento constitutivo de un proceso paneuropeo, de un vasto periodo cultural.

### El modo de vida centroeuropeo

¡Oh, aquellos hermosos días de antes de la guerra! Las amplias avenidas, los bulevares, los tranvías rojos, amarillos o verdes, las manzanas de casas características, la mayoría de fachada neorrenacentista, con su interior historiado, herencia del *biedermeier*, sus cafés copiados de los italianos; ¡oh, la *Belle Époque*! con sus teatros y sus cabarets nocturnos espléndidos —y sus cuarteles, estaciones, hospitales públicos, oficinas de administración *k.u.k.* mucho menos espléndidas y alegres. Los frontones cincelados, los patios sombríos, las elegantes escaleras principales y las vetustas escaleras de servicio, las salas de baño modernas con *toilettes* equipadas con cisternas o los retretes para el personal situados al fondo del pasillo. Los modestos tres-habitaciones o los confortables pisos de siete u ocho habitaciones de la alta burguesía, con objetos de arte, salón, recibidor, vitrina de bibelots, piano, en general en el piso donde estas habitaciones, con una distribución maravillosa, se abrían unas a otras. Hay que añadir además las villas, los parques, los paseos a caballo, los simones, los bailes de invierno. En las salas de fiesta y en los cafés cantantes se escuchan vals de Strauss, polkas, música zíngara, sonos militares en los paseos, y aires de opereta —*La Chauve Souris*, *Le Baron Tzigane*, *Der Bettelstudent*, *La Veuve Joyeuse*, *Princesse Csárdás*— por doquier.

Yo les ruego que no consideren todo esto como la confirmación de las ideas de mi amigo Hobsbawm: «¡Vaya! ¡La nostalgia centroeuropea se cuele por la ventana!». Al contrario, es el vacío que ha dejado con su desaparición lo que me induce a escribir estas líneas de resonancias nostálgicas. En efecto, según la interpretación de Hobsbawm, la cultura de Europa central sólo debería englobar la cultura noble. La existencia de ésta, floreciente a veces, ha quedado demostrada merced

a los trabajos de W. Johnston, C. Schorske, Móric Csáky y otros a lo largo de la última década. Sin embargo, aquella ha generado no solamente esta cultura sepultada sino —por encima de todo— un *estilo de vida y un clima colectivos* que adquirirían diferentes tonalidades según los pueblos y las capas sociales, pero que eran centroeuropeos hasta la médula. Es el medio cultural lo que constituía el verdadero signo de pertenencia a Europa central: estaba presente en la vida cotidiana en el piso, en la cocina, en el salón y en el dormitorio —pero también en el café y en la tasca, en el club y en el casino, en el Parlamento y en el burdel, en la Liga de Mujeres y en la Liga de los obreros; las conductas figuran inscritas en los menús y en la forma de consumir el pan y las bebidas.

La *intelligentsia* occidental —de manera harto comprensible— conserva sobre todo las impresiones intelectuales de Europa central: la música de Mozart, Haydn, Brahms, Bruckner, Bartók, Kodály y Janáček, el *Anatole* de Schnitzler, *Le Chevalier à la Rose* de Hofmannsthal y de Richard Strauss, el *Svejk* de Hasek. El autóctono, por su parte, guarda como recuerdo la vitrina de bibelots, la mecedora o incluso algunos muebles *biedermeier* de sus antepasados. Ha integrado el café con leche matinal en sus hábitos alimenticios (el panecillo redondo de la era socialista, no demasiado tierno ni demasiado crujiente, le causa una profunda irritación), así como los *knödels* de Praga a la cazadora, el *schnitzel* vienés, la *strapatchka* (tallarines hechos a base de harina, patata y queso de oveja), el guiso de arroz de Bácska, el pollo a la *paprika* y el *goulasch*.

Estos eran y son los objetos y los platos de la vida cotidiana; las costumbres, los lazos inconscientes, las piezas irrompibles de la civilización de una región histórica.

Por muy de moda que esté —en esta época nuestra desordenada y transitoria— enterrar a la Europa central, es todavía prematuro. El Tratado de Versalles la desmembró y la hizo añicos por primera vez en 1919. Luego vino Hitler y devoró a los «herederos» en pugna. Yalta y Postdam enterraron, una vez más, a los extenuados supervivientes. Para terminar, llegó Stalin para enterrarla, definitivamente según decía. Hasta su recuerdo. En la actualidad, aspira resucitar de nuevo.

Occidente, Oriente, científicos y políticos: ¡Cuidado, enterrar es peligroso!

*Traducción: Santos Toledo*